

MEMORIAS DEL BARRIO: NARRATIVAS Y TESTIMONIOS DE LA UPZ 51 DE LA LOCALIDAD DE SAN CRISTÓBAL EN BOGOTÁ, COLOMBIA.

Fredy-Alexander Ayala-Herrera, Christian Camilo Villanueva Osorio

Resumen

Surge esta propuesta con la intención de conocer la historia y la memoria colectiva de los barrios periféricos de Bogotá, Colombia. Esta necesidad parte de habitar y recorrer durante más de treinta años cada uno de sus espacios. Ese transitar, sin lugar a dudas, ha sembrado una serie de cuestionamientos sobre sus condiciones sociales, históricas, políticas y ambientales. Una de esas características tiene que ver con el imaginario que se ha construido sobre la localidad. Es necesario comprender las dinámicas de los barrios desde su consolidación histórica y desde la dimensión de sus memorias, pues esto implica adentrarse en las subjetividades que han habitado el territorio a través de sus propias prácticas simbólicas, políticas, culturales y estéticas. Su importancia reside, además, en la posibilidad de cristalizar ejercicios de memoria para los mismos habitantes que promuevan un acercamiento y un conocimiento de sus propios entornos

Palabras claves: barrio, narración, violencia, memoria, testimonio.

El barrio popular

Pensar el barrio como una categoría es acercarse a una dimensión de la memoria, el testimonio y las prácticas simbólicas. La dificultad para arrojar una definición concreta reside en las diferencias históricas, políticas y sociales con las cuales emergen los barrios. Pese a los aportes de la Escuela de Chicago y la de Manchester sobre las metodologías para entender los fenómenos urbanos de la ciudad, existió en el desarrollo de sus propuestas un desconocimiento de ese valor histórico. El carácter dialéctico necesariamente nos obliga a entender el barrio como un fenómeno que va más allá del espacio físico.

Aparecieron estudios como el de Larissa Lomnitz que, si bien ya dimensionan el barrio como una categoría social, muchas veces limitaron su atención al problema de la pobreza o la marginalidad, como si todos los barrios se alimentaran de esa condición. En cambio, para Lafrebeve ese espacio físico es producto de una “construcción social” [1] que implica las relaciones familiares, laborales, incluso comunicativas. Esta mirada resulta pertinente porque permite entender las formas de representación y por supuesto la manera como se establecen las relaciones entre los sujetos y las instituciones.

Necesariamente desde allí se conciben unas pugnas que representan las luchas por el control de los relatos y las memorias. No necesariamente internas, por ejemplo, en la formación del barrio, pero sí, respecto a otros barrios o localidades de la ciudad. Al entender entonces el espacio físico como resultado de una construcción social es indispensable preguntarse por el papel que cumple el relato y las narrativas en la construcción de su historia y sus memorias.

La Narración

Para Bruner, el relato otorga un sentido, a través de “la construcción de una nueva realidad” [2]. Ese “poder” es resultado de las estrategias condensadas en sus recursos compositivos y arquitectónicos. El Formalismo Ruso aportó a la conceptualización de la narración la comprensión del carácter temporal y espacial de los relatos, la función de sus personajes, y la unidad de las acciones. En ese sentido, los relatos, independientemente de sus usos, están dotados de ciertas características y una de ellas, es el desarrollo del conflicto. Pareciera que esa es la condición principal de la narración.

No obstante, la interpretación de los relatos no se limitó a su condición formal, también los estructuralistas como Roland Barthes, comprendieron su dimensión estructural, semiótica y funcional:

Hay, en primer lugar, una variedad prodigiosa de géneros, ellos mismos distribuidos entre sustancias diferentes como si toda materia le fuera buena al hombre para confiarle sus relatos: el relato puede ser soportado por el lenguaje articulado, oral o escrito, por la imagen, fija o móvil, por el gesto y por la combinación ordenada de todas estas sustancias; está presente en el mito, la leyenda, la fábula, el cuento, la novela, la epopeya, la historia, la tragedia, el drama, la comedia, la pantomima, el

cuadro pintado (piénsese en la Santa Úrsula de Carpaccio), el vitral, el cine, las tiras cómicas, las noticias policiales, la conversación. Además, en estas formas casi infinitas, el relato está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades; el relato comienza con la historia misma de la humanidad; no hay ni ha habido jamás en parte alguna un pueblo sin relatos; todas las clases, todos los grupos humanos, tienen sus relatos y muy a menudo estos relatos son saboreados en común por hombres de cultura diversa e incluso opuesta 1: el relato se burla de la buena y de la mala literatura: internacional, transhistórico, transcultural, el relato está allí, como la vida. [3]

Esa condición universal y humana del relato está cargada de representaciones que dialogan internamente en un proceso de elaboración global de la historia. El lector o el escucha se encuentra justamente en el proceso de abstracción de los indicios o referencias que se desplazan en el relato. Además del sentido que se oculta dentro de la narración, los indicios también representan un estado de las cosas, un momento histórico, una realidad social.

La Narración oral

Sólo hasta el siglo XX la academia comenzó a interesarse por la oralidad. Señala Walter Ong (1982), que, “pese a las raíces orales de la cultura” [4] hasta hace algunos años los estudios fueron realmente escasos o nulos. Por fortuna, hoy día se puede hablar de un aumento de teorías y análisis que, desde las diferentes áreas de las humanidades, han contribuido a la comprensión de la oralidad.

La narración oral es también productora de sentidos y emociones. Desde ahí también es necesario abordar su entramado teórico. En los cuentos o historias se transmiten significados. Para Walter Benjamin, el sentido de la narración oral tradicional está en la experiencia [5] que se construye a través del contenido de las historias. Esa experiencia es resultado de la sabiduría del narrador que se permite dar consejo a través de ella. Estas historias que cuenta el narrador son universales y no están atadas a las ideologías dominantes o al consumismo de la información. Allí se tejen hechos humanos sociales, místicos y culturales que están cargados de un valor épico para la humanidad. De ahí la preocupación de Benjamin cuando habla de la decadencia de la narración oral como resultado de la pérdida de la experiencia y la sabiduría.

En efecto, una manera de conocer las memorias de los barrios, además de los archivos o documentos escritos, es a través de las narraciones orales de sus habitantes que, si bien están cargadas de subjetividad, éstas también permiten un acceso a la información. Ya Traverso [6] había propuesto la necesidad de vincular la historia con la memoria para conocer no solo los hechos cronológicos, sino también aquellas marcas de la emocionalidad individual y colectiva

Apuesta metodológica.

Memorias de un Barrio se ha propuesto como un trabajo de investigación-creación en el campo de la narrativa, la oralidad y el discurso. En lo referente a la investigación se abarca un proceso de interpretación a partir del análisis discursivo. Comprender los textos a la luz de sus entornos sociales, políticos e históricos, nos ha permitido interpretar las dinámicas de la reconstrucción de memoria de la ciudad y sus barrios.

El análisis del discurso ha trascendido los estudios formales del lenguaje. La tradicional mirada a la competencia comunicativa se ha difuminado para darle paso a una comprensión del lenguaje en uso, en su condición social y pragmática. En ese orden de ideas, la aproximación a los objetos de estudio ha requerido no solo de la comprensión de los enunciados lingüísticos, sino también de sus contextos de emisión donde aparecen las intenciones, los hablantes, los actos de habla, incluso los condicionantes ideológicos o políticos.

Desde el punto de vista de la creación, los insumos obtenidos, producto del trabajo hermenéutico, han servido para alimentar los procesos de creación en narración oral o cuentería. Un acto de oralidad artística en su proceso de creación debe partir de la escucha, lo que implica la interpretación y el conocimiento aprendidos de los diferentes documentos, archivos, y testimonios..

Para el desarrollo de la propuesta se han tenido en cuenta los siguientes pasos:

1. Recolección de documentos escritos sobre la memoria, la historia y las narrativas de la UPZ 51 de San Cristóbal. Observación en el Archivo de Bogotá, diarios, biblioteca y otros buscadores especializados.

Clasificación de los documentos a través de las siguientes categorías:

historia de la localidad. (cronotopo)

experiencias y emociones (subjektividades)
acciones políticas. (luchas, territorios, conflictos)

Instrumentos: fichas de contenido.

2. Recolección y selección de trabajos narrativos artísticos creados a partir de la historia y la memoria de la localidad. (literatura, audiovisuales)

Análisis discursivo a partir de las siguientes categorías.

Historia de la Localidad (cronotopo)

experiencias y emociones (subjektividades)

acciones políticas (luchas, territorios y conflictos)

Instrumentos: fichas de contenido.

3. Recolección de testimonios y narraciones orales.

Análisis discursivo a partir de las siguientes categorías:

Historia de la Localidad (cronotopo)

experiencias y emociones (subjektividades)

acciones políticas (luchas, territorios y conflictos)

instrumentos: entrevista semi estructurada.

San Cristóbal en la Historia Bogotana

Aunque el origen de San Cristóbal como localidad de Bogotá Distrito Capital es relativamente reciente (Constitución de 1991, Ley 1 de 1992, Acuerdo Municipal 2 de 1992, Decreto Ley 1421 de 1993) [7], desde antes de la fundación hispánica de Santafé (nombre que tuvo desde su fundación hasta 1819 la actual capital de Colombia), el territorio que hoy se agrupa bajo dicha denominación estuvo poblado de manera dispersa por algunos asentamientos indígenas de los que hoy ya no queda memoria alguna. Esta zona de la ciudad sería mejor conocida a lo largo de la época virreinal [8] por dos razones: la primera, por la presencia de varias fuentes de agua, entre las cuales destaca el Río Fucha, [9] nombre cuyo origen lo explica el *Atlas histórico de Bogotá, 1538-1910*:

En el extremo sur de la ciudad, perteneciente a la parroquia de Santa Bárbara, y ubicado entre los ríos San Agustín y Fucha, fueron otorgadas por el cabildo

de Santafé estancias con el grado de pan y ganado menor. Se cultivó el trigo en casi todas las propiedades repartidas en zona del valle de Fucha, que había adquirido su nombre por el río que por ella pasaba y que fue denominado de esta manera por los primeros españoles que llegaron a la sabana [de Bogotá]. Luego de que los indios les señalaran las riveras [sic]de este río, al preguntárseles sobre el origen de unos caracolillos que se colgaban en el cuello a manera de aderezo, a lo cual ellos respondieron *fuches*. [10]

Igualmente, relacionado con el río Fucha está el nombre de “San Cristóbal” que luego se haría extensivo a toda esta zona del suroriente bogotano. El historiador Pedro María Ibáñez (1951) menciona así el origen de dicha denominación:

Nada recuerda en las pintorescas orillas del río Fucha, que corre de Oriente a Occidente una milla al sur de la ciudad, y que tiene su nacimiento en el vecino páramo de Cruz Verde, que allí existieran caseríos indígenas en los años primeros de la colonización, ni que en la ribera sur del riachuelo, al pie de la elevada y agreste serranía, hubiera existido en remotos tiempos convento, con iglesia anexa, de recoleta dominica, que se levantó por disposición del Capítulo General de la Orden, reunido en Valladolid en 1605. Cedió el terreno necesario para la fundación el Capitán Juan Bernal, en 1609; pero habiéndose juzgado inútil la permanencia de religiosos en aquel apartado sitio, ordenóse a los frailes que lo habitaban volviesen al Convento máximo, disposición que no quisieron cumplir, pretendiendo hasta separarse de la regla de la Orden dominicana, por lo cual el General de ella, residente en Roma, ordenó la demolición del convento y su capilla, lo que se llevó a efecto en 1621. Allí corre el río torrenciosamente, sobre lecho desigual, fertilizando los vecinos campos y embelleciendo el agreste y variado paisaje, hoy cruzado por caminos que conducen al oriente del Departamento de Cundinamarca, sitio conocido con el nombre de San Cristóbal, por haber pintado autor desconocido, en los lejanos tiempos coloniales, en una de las rocas que forman el lecho del río, una imagen del

Santo, de heroicas proporciones, que las injurias del tiempo borrarón hace pocos años, aunque había sido restaurada hace medio siglo por el escultor Martínez y luego por don Segundo Ortega y Caicedo. [11]

La segunda de las razones tiene que ver con el hecho de que por sus serranías se extendía el llamado “Camino de oriente”, que unía a la ciudad con los Llanos orientales colombo venezolanos; ruta que quizá fue inaugurada por el conquistador alemán Nicolás de Federmann en su desastrada expedición por el oriente del Nuevo Reino de Granada y que culminó en marzo de 1539 con el arribo de un diezmado grupo de conquistadores a su mando a la recién fundada ciudad de Santafé, para encontrarse con los capitanes españoles Gonzalo Jiménez de Quesada (fundador, en agosto de 1538, de la ciudad) y Sebastián de Benalcázar, este último proveniente del Perú, conquistado por Francisco Pizarro, de cuya hueste hacía parte. Posteriormente, por dicho camino saldrían varias expediciones hacia esos territorios en busca de la mayor leyenda americana jamás creada: Eldorado y el País de las Amazonas. Dicho Camino de Oriente fue durante más de tres siglos la única vía de comunicación existente entre la ciudad de Bogotá y el territorio de los Llanos; sobre sus orillas se edificarían, desde la segunda mitad del siglo XX, muchos barrios que conformarían la UPZ que constituye el objeto de nuestra investigación, pero de ellos se hablará en su momento.

Durante los siglos XVIII y XIX, el territorio de San Cristóbal que se hallaba más próximo a la ciudad edificada (sobre las márgenes norte y sur del Fucha) fue destinado a la consolidación de quintas, estancias y haciendas, ya que al estar ubicados en suelos planos o con poca inclinación, y al estar rodeados por algunas quebradas y ríos, fueron destinados a la producción agrícola y ganadera. Algunos de estos lugares fueron las quintas La Milagrosa (lugar históricamente vinculado con las familias de varios de los líderes independentistas como Nariño, Bolívar, entre otros), San José de Fucha, Santa Catalina, Casa de Teja y Fucha.[12] Varias de estas quintas pasaron de mano en mano a lo largo del siglo XIX, a través de testamentos y ventas, y terminarían convertidas en barrios y urbanizaciones cuando el proceso de poblamiento de Bogotá creció exponencialmente a finales del XIX e inicios del XX. Adicionalmente, y gracias a la abundancia de recursos naturales como el agua, los suelos

arcillosos, los bosques de maderas, la piedra, entre otros; esta zona fue el asiento de algunas de las incipientes fábricas e industrias desarrolladas en la ciudad tales como la fábrica de pólvora y municiones (edificada en tiempos virreinales y abandonada en los días de la independencia) [13] , la Fábrica de loza fina de Bogotá, la Fábrica de tubos y tejas Moore, algunos aserríos y molinos de trigo, entre otras.

Precisamente, al iniciar el siglo XX y debido a factores como la Guerra de los Mil Días (conflicto bipartidista librado por el gobierno conservador y la insurgencia liberal entre 1899 y 1902), el inicio del proceso de industrialización de la ciudad y la alta demanda de espacio habitacional en la ciudad edificada, se inicia un proceso de urbanización de los terrenos adyacentes a la ciudad, consistente el alinderamiento de las antiguas haciendas, estancias y quintas, o en la apropiación de terrenos pertenecientes al Municipio de Bogotá, para el posterior trazado y venta de lotes por parte de particulares o el desarrollo de proyectos urbanísticos destinados a la construcción de vivienda obrera. En dicho proceso, la zona de San Cristóbal vio surgir desde la década de 1920 algunos barrios como el 20 de julio, Nariño sur, Primero de mayo (primer barrio obrero de la ciudad), San Blas, San Isidro, Santa Ana, Villa Javier (edificado por el Círculo de obreros liderado por el sacerdote jesuita José María Campoamor), La María, La Pradera, Las Mercedes y San Cristóbal [14]. Dichos barrios se consolidaron como importantes núcleos receptores de la población migrante que llegó a la ciudad durante los dos primeros tercios del siglo XX, principalmente a causa de la violencia en los campos y en busca de mejores oportunidades de vida.

Durante el tercio final del siglo XX, la problemática social del país y de la ciudad siguió agudizándose y con él aumentó el arribo de población desplazada a este sector de la ciudad. Como lo establece la página web de la administración de la ciudad en un artículo sobre la historia reciente de la localidad:

Después del periodo de violencia partidista que se vivió entre 1948 y 1958, por aproximadamente 20 años, los índices de población aumentaron vertiginosamente en el sur oriente de Bogotá; la falta de preparación de las

comunidades para orientar su propio desarrollo se hizo evidente con esa situación. Nuevos asentamientos espontáneos surgieron en respuesta a la necesidad de vivienda que tenían los inmigrantes y desplazados de otras regiones del país como Cundinamarca, Boyacá, Tolima y Santander. [...] Los problemas que se presentaron en ese momento fueron: la invasión ilegal de tierras, la construcción de vivienda, la necesidad de servicios públicos básicos en terrenos no aptos para edificar y el aumento de la población necesitada de empleo que vía en condiciones de pobreza y miseria. Los nuevos habitantes eran en su mayoría campesinos desplazados por la violencia y personas de provincia que llegaron a la ciudad en busca de mejores oportunidades de vida y de trabajo; su procedencia y las actividades a las que se dedicaron, así como la transformación y desarrollo del espacio urbano que lograron con el tiempo, son factores determinantes para comprender la situación actual de San Cristóbal.

Durante la década de los ochenta, la situación general se mantuvo estable; siguieron llegando colonos de la provincia a instalarse en barrios de origen ilegal, pero no se vivieron cambios radicales en el desarrollo urbano ni administrativo de la zona. Esta fue también una época de preparación para abordar los problemas que llegaron en los años noventa: el aumento del desempleo, los procesos masivos de urbanización ilegal en zonas de alto riesgo, la delincuencia común y la drogadicción, problemas que se originaron en la falta de planeación que tuvo el proceso de desarrollo en esta zona y que obligaron a replantear las políticas sociales del gobierno local como objetivo principal y complemento del ordenamiento físico del suelo. [15]

A partir de lo anterior, es posible afirmar que la zona de San Cristóbal ha desempeñado un papel no menor en el desarrollo de la ciudad de Bogotá, aportando en primer lugar sus recursos naturales a la urbanización y edificación de la ciudad construida (sobre todo en los siglos XX y XXI), y además configurándose como una zona receptora de una gran cantidad de población migrante, lo cual ha contribuido (junto con otros factores sociales) a acrecentar las problemáticas de asentamiento ilegal, contaminación de fuentes hídricas,

pobreza, acceso a bienes y servicios, infraestructura sanitaria y de transporte, entre otras, que fueron analizadas en el Decreto 351 de 2006, que reglamentó la creación y desarrollo de la Unidad de Planeamiento Zonal (UPZ) No. 51, Los Libertadores, objeto del presente trabajo de investigación.

Mapa de San Cristóbal



Imagen 1 [16].

Historia de un barrio: La Belleza.

Si ha sido difícil encontrar elementos históricos de la historia de la Localidad de San Cristóbal, lo ha sido aún más conocer la historia de sus barrios. Algunos, incluso carecen de documentos, otros como el barrio la Belleza se mueven en retazos o fragmentos de una memoria tenue. El barrio la Belleza está ubicado en una de las partes más altas de la montaña. Está a más de 3500 metros sobre el nivel del mar. Su clima es de 12 grados centígrados. Colinda con el barrio Villa de la Paz, barrio los Libertadores y barrio Nueva Delhi. Pese a que cuenta actualmente con todos los servicios de agua, luz, teléfono, y transporte, algunos sectores del barrio carecen de estos servicios debido al carácter de asentamiento ilegal.

Mapa de la Belleza. (En rojo)

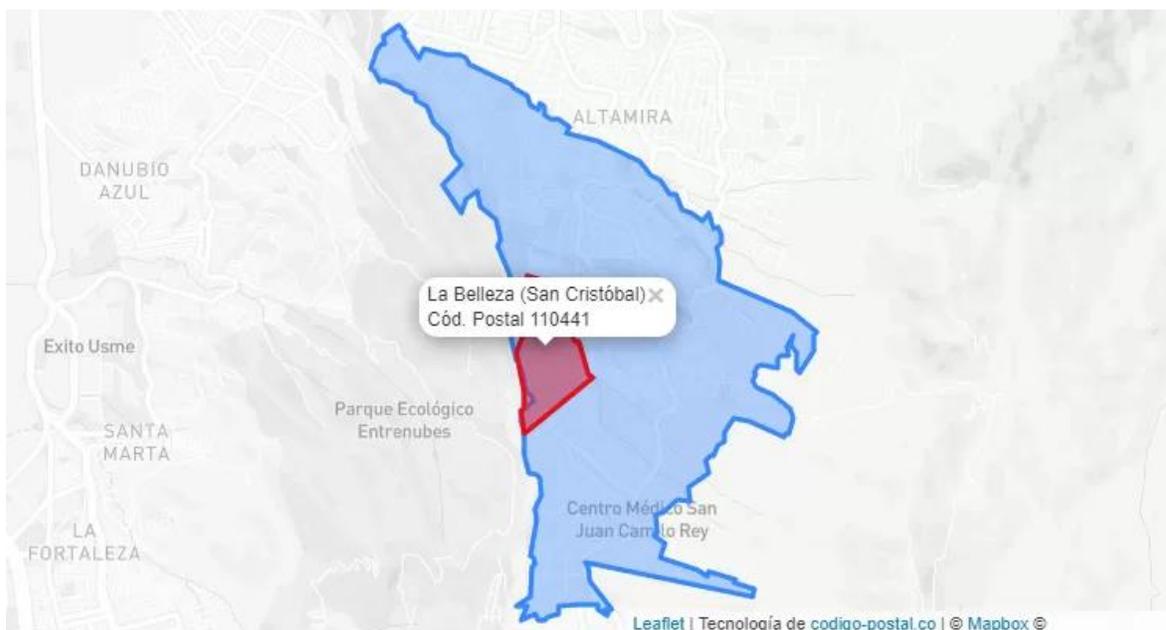


Imagen 2 [17].

Uno de los pocos testimonios sobre este barrio aparece en el libro *Crónicas de Memoria Histórica de San Cristóbal* (2014) en el capítulo titulado “Cielo Roto: Historia del Barrio la Belleza”. Al parecer su origen fue en los años setenta. Antes de esa época era un territorio rural dividido en fincas que finalmente fueron parceladas y vendidas. Las primeras familias llegaron a habitar estos territorios enfrentando no sólo el frío, sino también las condiciones de vivienda

la lluvia constante, los fuertes vientos, el frío y la inclinación del terreno, hicieron que las casas improvisadas con palos, latas, cabuya, tela asfáltica, y tejas se cayeran; por lo que según nos cuentan Don Efraín, muy pocas familias se amañaban. Incluso, algunos niños murieron de frío. Muchas familias de permanecer durante días o algunos meses, decidían vender y se iban, y los pocos que quedaron se vieron obligados a reconstruir sus hogares con ladrillos [18].

A eso se sumaron las dificultades para el acceso al servicio de transporte. La mayoría de estos primeros habitantes, (25 familias), incluso de otros barrios como Nueva Delhi o Libertadores debían caminar más de 40 minutos para acceder a un vehículo y poder llegar a sus sitios de

trabajo. Tengamos en cuenta que la mayoría de personas trabajaban en el centro, occidente o norte de Bogotá, lo que implicaba un desplazamiento de más de dos horas. El señor Felipe Ayala (2022) contaba, que incluso a mediados de los 80, aún no se contaba con sistema de transporte y la única manera de movilizarse era a pie o en bus intermunicipal.

Pese a la ausencia de servicios públicos, el territorio contaba con diversas quebradas que les permitía a los habitantes acceder al servicio de agua. No sobra decir que la localidad de San Cristóbal es uno de los territorios con más recursos naturales, lo que sin lugar a dudas generó cierta empatía con sus nuevos pobladores que en su mayoría eran campesinos provenientes de zonas rurales del país.

Un hecho importante fue la creación de la escuela. La ausencia de un hogar de estudios para sus hijos obligó a los habitantes a la construcción del recinto.

La jornada escolar inició el 18 de septiembre de 1968 en la casa del señor Juan Vallejo, en un salón donde se encontraban 15 estudiantes de primaria, con una maestra identificada como la señora Matilde. La ANAPO, (Alianza Nacional Popular) les regaló cuatro pupitres con butacas y sillas en las que de milagro lograron sentar a los estudiantes, mientras a partir de brigadas de trabajo integradas por la comunidad, se construía la escuela. [19].

Poco a poco el barrio se fue ampliando hasta el punto que se hizo necesario el servicio de alcantarillado. Señala Castillo que las personas se vieron obligadas a realizar una protesta para exigir los servicios públicos. La marcha trajo el enfrentamiento con la policía. Señalan algunos de sus habitantes que hubo heridos. A pesar de las confrontaciones el barrio tuvo acceso a luz y agua. Hasta el momento se percibe en la historia un ejercicio de pugnas y enfrentamientos. La búsqueda de una vivienda digna, una escuela para los niños y niñas y unos servicios básicos, los llevó a construir unas estrategias de lucha que fueron configuradas a través de la colectividad. Eso significó el trabajo comunitario y solidario de cada uno de los habitantes.

Es relevante también mencionar el papel que cumple el contexto de la época en la formación de este y otros barrios. El conflicto bélico en los campos, entre liberales y conservadores, posteriormente el bogotazo, con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y la búsqueda de oportunidades para mejorar la calidad de vida, hicieron que muchas personas llegaran a la

ciudad en búsqueda de una mejor vida. Al no tener los recursos para acceder a una casa en los lugares tradicionales, los desplazados vieron como opción, la invasión de varios territorios, no sólo en la localidad mencionada, sino en todas las periferias de Bogotá.

Estos eventos sociopolíticos, como la violencia, ocasionaron un desplazamiento masivo; por ende, muchas personas empezaron a poblar el barrio la belleza lo que trajo consigo otro problema de orden social. Señalan los líderes comunales que ante la llegada de más ciudadanos se perdió el sentido de pertenencia y comunidad. Dice José Rodríguez [20] “la nueva gente ya no le importaba nada, botaban basura, desconocían nuestra lucha, no se interesaban por el lugar”

El crecimiento del barrio se prestó también para el ingreso de la delincuencia, se consolidaron los expendios de droga que le dieron una transformación radical al barrio. De una zona rural con 20 casas y una escuelita con aledaños zonas verdes, el lugar pasó a convertirse en un vecindario urbanizado, con problemas de violencia y tráfico de drogas. Obviamente esto no obedeció exclusivamente al barrio; la ciudad, incluso el país, enfrentaron una situación de riesgo debido a la violencia ejercida por la guerrilla, los paramilitares, el ejército, la policía y por supuesto, el narcotráfico.

Estos problemas de orden social se han mantenido durante mucho tiempo. Muchos niños y niñas cayeron en el problema de las drogas. Se conoció el caso de Pablito, un niño que se había convertido en el terror de los habitantes y paradójicamente en el héroe de otros niños. Pablito con apenas 14 años no sólo robaba y consumía bazuco, también había cometido el flagelo del asesinato. Yurani, estudiante del colegio la Belleza, escribió en 2012, un breve testimonio sobre Pablito:

EL CUCHILLO

Yo quiero contar un poquito de todo, cuando yo llegué a este colegio en el año 2009 a hacer sexto, yo era muy pequeña y el colegio me parecía muy grande. En ese tiempo vivía mi primo Pablo, era muy abusivo con la gente ya que permanecía robando a todo el mundo... obvio, todos le deseaban lo peor, pero la familia lo quería mucho. Nunca olvidaré el 12 de febrero del año 2010, a las 11:45 p.m. Estábamos durmiendo, cuando llegó un primo y nos dijo que habían matado a Pablo, toda la familia

conmocionada, empezamos a llorar y rápido bajamos a ver qué había pasado, en ese momento ya lo habían llevado al hospital... todos empezamos a recordar lo que su mamá había hecho por él, lo mandó a muchos internados, lo llevó con muchas personas que lo querían ayudar, pero el vicio no lo dejó y murió trabado. Su mamá ese día estaba muy tomada, ebria, por eso no pudo ayudar a su hijo. Mientras Pablo se debatía entre la vida y la muerte, ella estaba pasando el guayabo. Pablo murió en la ambulancia. Lo que a la familia más nos conmocionó fue la supuesta razón por la que lo habían matado, en el cuento fue que mi primo violó a una vieja de 35 años, mi primo tan solo tenía 15, él fue brutalmente asesinado por tres hombres que hoy en día están muertos, le metieron 17 puñaladas y lo más irónico es que lo asesinaron con el cuchillo que él llevaba. Hoy en día ese cuchillo lo tenemos nosotros. El funeral fue lo peor, allí llegaron todos los chismosos del barrio, los que muchas veces le desearon la muerte o peor aún, lo querían matar... la muerte de él quedó impune... Cuando ya iban a meter el cajón, todos los socios se pegaron un bareto y un trago, lo despidieron con lo que a él le gustaba, el vicio. El 12 de febrero de este año, cumplió 4 años de muerto y este es el día que todavía lo recuerdan como “Pablito, el ladrón de ladrones” [21].

La carga de violencia en el relato es evidente. Tengamos en cuenta que el texto fue escrito por una niña menor de 17 años. Además de presentar al protagonista, construye un lenguaje en torno a la violencia, la muerte y las drogas. Deja ver el amor y el sentimiento de familiaridad, pues, aunque entiende la situación, no se aleja ni mucho menos niega el aprecio y el amor que siente la familia. El cuchillo se convierte en un símbolo esencial del relato. Ese mismo instrumento que le sirvió para robar a los demás, fue el mismo que lo llevó a la muerte. El cuchillo es conservado por su familia por ser acaso un carga emotiva o una reminiscencia. El relato es impresionante porque muestra el debate moral al que se enfrenta el familiar de un victimario que también se convierte en víctima.

Esta misma carga de violencia fue la que hizo que muchos jóvenes, cansados de la estigmatización quisieran transformar su barrio. Felipe Andrés Ayala realizó en 2016 un documental titulado *Somos Realidad* [22] cuyo contenido aborda la historia de 5 habitantes

de la localidad. El tema central es la historia de un niño que debe ir a estudiar al Colegio la Belleza y cuya motivación del día es la lectura de una crónica. Esta historia es un pretexto para darle voz a los otros personajes. Tres raperos y una bailarina que tejen a través de sus discursos una visión de mundo sobre su existencia en el territorio.

Particularmente el Poeta, como se hace llamar uno de los entrevistados, construye su relato alrededor del arte como forma de resistencia. Señala que, pese a los niveles de violencia, los barrios de la localidad de San Cristóbal están habitados por personas trabajadoras y creativas, que, debido al estigma social, no han sido visibilizadas. El Poeta, por ejemplo, encontró en el Rap y el Grafiti una forma de expresión no solamente individual sino también social y pedagógica. De la misma manera, la Reina Africana, otra de las protagonistas del documental, ha construido en la localidad procesos artísticos, culturales y pedagógicos con la comunidad.

En efecto *Somos Realidad* es un documento que muestra ese elemento no visible por los medios de comunicación y que tiene que ver con el talento de la comunidad. El trabajo que se hace desde lo artístico disminuye el riesgo de interpretar los barrios como escenarios de violencia y destrucción. La memoria entonces, sin dejar de ser una memoria crítica deberá apuntar también a la visibilización y reconstrucción de una historia del “bien decir”, que resalte los factores culturales ambientales que atraviesan esta localidad. Su aporte resulta esencial porque es una manera de contar la historia desde los sujetos anónimos como lo señaló Benjamin. Este es apenas un avance, un ejemplo de nuestro propósito final, que es interpretar la historia y la memoria a través de subjetividades y experiencias, de la UPZ 51 de la Localidad San Cristóbal, Bogotá, Colombia.

[1] Henri LEFBVRE. *The production of space*. Oxford: Blackwell, 1991.

[2] Jeromer BRUNER. *La fábrica de historias*. Fondo de Cultura Económica de Argentina. (2003)

[3] Roland BARTHES. *Introducción al Análisis estructural de los relatos*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, (1977). PP 3

[4] Walter ONG. *Oralidad y Escritura*. Fondo de Cultura Económica. (1982)

[5] Walter Benjamin. *El Narrador*. Editorial Taurus Madrid (1991)

[6] Enzo TRAVERZO. *El pasado instrucciones de uso*. Prometeo Libros (2011)

[7] Sin embargo, desde la década de 1970, la zona de San Cristóbal había sido organizada jurídicamente como Alcaldía Menor perteneciente al Distrito Especial de Bogotá, a través de los Acuerdos Municipales 26 de 1972 y 8 de 1977.

([https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=2028&dt=S](https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=2028&dt=S;);

<https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=550&dt=S>)

[8] Se prefiere esta denominación en lugar de “época colonial”, clásica en la historiografía tradicional, habida cuenta que en el ordenamiento jurídico de la época se habla de los territorios americanos bajo la autoridad de la Corona como “Reinos”, “Virreinos” o “Reales Audiencias”, y no como “colonias”.

[9] Su nombre en muyscubún o lengua muisca proviene de la palabra *byza* quiere decir “caracol”

(<http://muysca.cubun.org/biza>)

[10] (Citado por la web *Muysc cubun*)

[11] Pedro IBAÑEZ. Crónicas de Bogotá p.82

[12] Juan CARASQUILLA BOTERO. *Quintas y estancias de Santafé y Bogotá*. Banco Popular. (1989)

[13] Hernández Molina, R. *Urbanizando San Cristóbal y Santa Ana. Desde la Quinta “La Milagrosa”*. Arquitectura editorial (2020)

[14] Uno de los estudios más completos al respecto es el de Colón Llamas & Mejía Pavony (2019). *Atlas histórico de barrios de Bogotá. 1884-1954*. Alcaldía Mayor de Bogotá-Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

[15].<https://web.archive.org/web/20081122021100/http://www.gobiernobogota.gov.co/content/view/114/338/>

[16] tomado de: <http://www.sancristobal.gov.co/mi-localidad/mapas>

[17]. tomado de: <https://codigo-postal.co/colombia/bogota-dc/san-cristobal/la-belleza/>

[18]. Kevin CASTILLO. Cielo Roto Historia del Barrio la Belleza en *Crónicas de Memoria Histórica de San Cristóbal* (2016) p.88

[19]. Kevin CASTILLO. Cielo Roto Historia del Barrio la Belleza en *Crónicas de Memoria Histórica de San Cristóbal* (2016) p.88

[20] Entrevista realizada en 2022

[21]. Crónicas de la Belleza (inédito)

[22] Felipe Andrés Ayala. *Somos Realidad*. Documental (2016)

<https://www.youtube.com/watch?v=Sjg3RXFV8f8>

